

Ignacio Sotelo
A vueltas con España



G A D I R

ÍNDICE

A MODO DE PRESENTACIÓN	VII
------------------------------	-----

PARTE PRIMERA: ESPAÑA DESDE LA HISTORIA

CAPÍTULO I: UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA A LA ESPAÑA DE HOY	3
CAPÍTULO II: EUROPA Y ESPAÑA	33
CAPÍTULO III: LA CULTURA POLÍTICA DE ALEMANIA Y ESPAÑA	65

PARTE SEGUNDA: LA CREACIÓN CULTURAL

CAPÍTULO IV: EL ESPAÑOL COMO LENGUA DE PENSAMIENTO	81
CAPÍTULO V: LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA EN EL CONTEXTO EUROPEO	105

PARTE TERCERA: CATALUÑA Y CUBA

CAPÍTULO VI: CATALUÑA: OBSERVACIONES A UNAS RELACIONES DELICADAS	165
CAPÍTULO VII: CUBA, UN PRESENTE ÁSPERO Y UN FUTURO INCIERTO	189
CAPÍTULO VIII: LA POLÍTICA ESPAÑOLA EN CUBA	215

PARTE CUARTA: EL LIDERAZGO POLÍTICO

CAPÍTULO IX: ACOTACIONES AL FELIPISMO	245
CAPÍTULO X: AZNAR, REFLEXIONES DE UN NACIONALISTA LIBERAL	265

PARTE QUINTA: LA PERSPECTIVA DEL INTELLECTUAL

CAPÍTULO XI: LA «INTELIGENCIA» Y EL INTELLECTUAL	285
CAPÍTULO XII: <i>MEDITACIONES DEL QUIJOTE</i> EN EL ORTO DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA	299
CAPÍTULO XIII: EL INTELLECTUAL Y LA POLÍTICA. EL CASO DE JOSÉ LUIS L. ARANGUREN	335
CAPÍTULO XIV: ESPAÑA COMO PROBLEMA. LA REFLEXIÓN POLÍTICA DE PEDRO LAÍN	375

A MODO DE PRESENTACIÓN

En un momento en el que los géneros literarios se han difuminado tal vez no sea ocioso poner énfasis en que los textos que componen este libro (sea cual fuere la calidad, todos tropezamos con un tope infranqueable), aspiran a ser incluidos en la tradición que se remonta a Michel de Montaigne, el Señor de la Montaña que decía nuestro Quevedo. Cada cual tiene su santo de devoción; yo confieso que el mío es Montaigne. Desde mi primera juventud me habría gustado vivir con la independencia y la inquietud sosegada de las que él dio tan alto ejemplo. Sin el bagaje heredado en posición social —no procedo de una familia comparable en cultura y fortuna a la que le tocó en suerte— ni, desde luego, en inteligencia y voluntad, sabía que, por más que lo intentara, nunca podría escribir con la amplitud de miras y prudente sabiduría de mi santo patrono, pero algo tan palmario en ningún caso debería ser motivo para renunciar al empeño. La vida vale si nos esforzamos por lograr lo que está fuera de nuestro alcance.

Reelaborando muchas lecturas —todo el que escribe es en primer lugar un gran lector—, Montaigne enjuicia el presente desde la perspectiva de la Roma clásica. Aprendió latín antes que francés y la Roma antigua le era más familiar que el lejano París. Supo adobar un sutil escepticismo con la sal de la esperanza, feliz combinación que otorga una universalidad imperecedera a un pensamiento, no obstante, tan adscrito a un tiempo y a una persona. Cierto que cualquier visión del mundo es subjetiva, pero solo alcanza solidez si la componen materiales idóneos. El subjetivismo inevitable necesita de un mundo simbólico heredado. Pues bien, el ensayo, la gran invención de Montaigne, es el

género que consigue esta síntesis de lo personal y lo histórico-social.

En el afán de singularidad que hoy prevalece —otro aspecto de la barbarie que se nos viene encima— no es de buen gusto recurrir a modelos. Cada cual se afana por caminar solo por andurriales propios, como si seguir la senda trazada por aquellos que admiramos no fuera la condición indispensable para, al menos, no retroceder. Claro que elevar la mirada a los ilustres predecesores no implica considerarse a su altura, ni elimina sin más nuestras muchas limitaciones; al final, somos el que podemos ser, no el que quisiéramos: «Mis acciones se regulan y conforman a lo que soy y a mi condición, y más no puedo hacer»¹.

Si a lo largo de la vida no he hecho más que escribir ensayos, sin intentar otro género, no me parece disparatado que me considere un ensayista. Lo subrayo porque a menudo no he podido evitar algunos malentendidos, provenientes de mi inserción profesional. En 1968 era profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México. En una reunión social una persona muy adinerada me espetó: «maestro, usted enseña en la universidad, ¿pero de qué vive?». Lo mismo podría preguntar el lector: «Usted dice ser ensayista, ¿pero de qué ha vivido?». Efectivamente, de la Universidad. He intentado cumplir de la mejor manera con mis obligaciones docentes, pero el tiempo libre de investigación lo he empleado en escribir ensayos. He creído que, si alcanzaban una cierta dignidad, valían más que muchas de las publicaciones de una buena parte de mis colegas que únicamente por estar escritos en una jerga incomprensible los hacen pasar por ciencia. Si fuera el lugar, no sería difícil

¹ Michel de Montaigne, *Essais*, Libro III, Cap. II, *Oeuvres complètes*, Gallimard, París 1962, pág. 791.

mostrar que muchos de los textos de los más conocidos científicos sociales, en rigor, son ensayos.

El género goza de tan poco prestigio en la comunidad universitaria que en sus claustros me he cuidado mucho de llamarme ensayista. Gato escaldado, ya se sabe, y a mí esta denominación casi me cuesta la cátedra. En la solapa de mi primer libro —la escribí yo por encargo del editor— calificué al autor de joven ensayista, no se me ocurrió mejor presentación. Años después, un miembro de la comisión que examinaba a los candidatos a la cátedra a la que me había presentado, argumentó que mi lista de publicaciones era amplia y muy interesante, pero se trataba de ensayos, como explícitamente señalaba algún libro mío, y no contenía trabajos científicos. La discusión sobre las ambiguas fronteras entre ensayo y ciencia no impidió que al final me colocasen el primero de la lista. En 1973 fui nombrado profesor de Ciencia Política en la Universidad Libre de Berlín, resolviendo con ello la base material de mi existencia que, aunque a un millonario mexicano le pareciesen unas migajas, a mí y a mi familia nos han permitido vivir con algún desahogo y sobre todo con tiempo e independencia; lo segundo es tanto o más importante, para escribir cientos de ensayos y, a partir de 1976, casi mil artículos en los periódicos.

A comienzos de mayo de 1976 apareció *El País*. Don José Ortega Spottorno, que me conocía de mis artículos en la *Revista de Occidente*, me invitó a colaborar desde el primer momento. Antes de que saliera a la calle el primer número me presentó al que iba a ser el director, Juan Luis Cebrián, al que tengo que agradecer que aceptase las colaboraciones de un exiliado por completo desconocido. En abril de 1977, Miguel Ángel Aguilar me propuso una colaboración semanal en *Diario 16* que mantuve hasta que le cesaron como director en 1980, regresando a *El País*, de donde no me había ido, aunque colaborase mucho más

esporádicamente, periódico en el que escribo con regularidad desde su fundación.

Si una buena parte de la producción de las ciencias sociales pertenece al género ensayístico, poniendo en tela de juicio la línea divisoria que algunos científicos se empeñan en establecer, resulta aún más arduo distinguir entre ensayo y artículo de periódico. ¿En qué se diferencia el ensayo del artículo de opinión, aparecido en la prensa? Obviamente, en la extensión. El ensayo alcanza un determinado tamaño, mientras que el artículo se define por el que permite incluirlo en el periódico. También la amplitud es el elemento que *prima facie* diferencia una novela de un cuento y este a su vez de una novela corta. Este ejemplo pone de manifiesto que la extensión no es un factor accidental, sino que atañe al fondo. El que una novela tenga muchas más páginas que un cuento modifica esencialmente su contenido, al haber en la primera una descripción pormenorizada de los personajes, así como una visión diacrónica de acciones que se entrecruzan o separan en el tiempo, con el empeño de reflejar un mundo completo que no cabe en el cuento, en el que tenemos que conformarnos con unas cuantas pinceladas referidas a un núcleo único en un momento determinado, pero ello no implica una valoración que permita establecer de antemano una jerarquía entre ambos.

Asimismo, la extensión que distingue el ensayo del artículo de periódico es significativa porque también modifica contenido y forma. Un libro, llamémoslo tratado, que pretenda dar una visión global y objetiva de una amplia área de conocimiento, precisa de muchas más páginas que un ensayo. En aquel hay que dejar constancia de las opiniones mayoritarias en cada tema que se trate, la evolución que han tenido a lo largo del tiempo, así como una apreciación argumentada de las que se suponen las más convincentes. En el ensayo, en cambio, basta con la opinión personal, sin tener que compararla con las que otros sostienen, ni pasar a una